

ESCENA VIII

BUTTLER, GORDON

GORDON (*siguiéndolos con la mirada*).—¡Desdichados! ¡Con qué imprevisión se dirigen, incautos y deslumbrados por su triunfo, al lazo que se les tiende! No me inspiran la menor compasión. ¡Qué arrogante y presuntuoso canalla el tal Illo! ¡Pues no quisiera bañarse en la sangre de su Emperador!

BUTTLER.—Haced lo que ordenó; que salgan patrullas y velad por la seguridad de la plaza... En cuanto suban al castillo, allí los encerraré para que nada pueda oírse desde la ciudad.

GORDON (*con inquietud*).—¡Oh!... no os apresuréis; decidme antes...

BUTTLER.—Ya lo habéis oído: el día de mañana pertenece á los suecos. Sólo contamos con esta noche, y ellos llevan buen paso; adelantémonos á ellos. Con Dios.

GORDON.—¡Ay!... nada bueno me anuncia vuestra mirada. Prometedme...

BUTTLER.—Se ha puesto el sol; y avanza una noche fatal; en sus tinieblas reside la seguridad de nuestros enemigos. Su mala estrella los libra indefensos á nuestras manos. En medio de su embriaguez y de su presunción, el hierro cortará el hilo de su vida. ¡Oh! Hábil siempre en sus cálculos, el príncipe dispuso de los hombres como de las piezas de un ajedrez, sin importársele nada arriesgar el honor, la dignidad, la buena reputación de los otros. Ni un solo instante dejó de calcular, pero al fin habrá errado la cuenta, confiando en su vida cuando toca á su término.

GORDON.—Olvidad ahora sus faltas para recordar tan

sólo su grandeza, su bondad, sus amables cualidades, sus nobles y grandes acciones. Desarmen ellas vuestro brazo suspendido ya sobre su cabeza como si descendiera un ángel á interceder por él.

BUTTLER.—Es tarde ya. ¡Piedad! no puedo sentirla. Sólo abrigo ideas de sangre. (*Asiendo de la mano á Gordon*.) Gordon; aunque no quiero, ni tengo para qué querer al duque, no me mueve el odio contra él, ni es el odio quien me convierte en su matador, sino su mala estrella. En vano piensa el hombre obrar con libertad, siendo como es juguete del ciego destino que le arrebató á veces la facultad de elegir. ¿De qué le serviría al príncipe que mi corazón intercediera por él, si está de Dios que muera en mis manos?

GORDON.—¡Ah!... Si algo os dice vuestro corazón, seguid francamente sus impulsos, que la voz del corazón es la voz de Dios, mientras los cálculos artificiales de la prudencia son obra del hombre. ¿Qué feliz resultado os prometéis de un acto sangriento? ¡Ah! La efusión de sangre nunca produjo nada bueno... ¡Ó pensáis acaso con tal medio alcanzar nuevos grados? ¡Cuán errado andaríais en ello! Si el asesinato complace á los reyes, no así el asesino.

BUTTLER.—Vos ignoráis... No me preguntéis nada más... La culpa está en la victoria de los suecos, y su precipitada marcha hacia aquí. Ningún inconveniente tuviera en librarle á la clemencia, porque no deseo verter su sangre, no; bien podría vivir; pero es fuerza que cumpla mi promesa; fuerza es que muera ó... ¡oh!... si escapa, estoy deshonrado...

GORDON.—Para libertar á un hombre tal...

BUTTLER (*con viveza*).—¡Qué!

GORDON.—Bien puede hacerse un sacrificio. ¡Sed generoso! No es la opinión, sino la grandeza de alma lo que honra al hombre.

BUTTLER (*friamente y con orgullo*).—Él es grande, él

es príncipe, y en cambio yo soy un hombre oscuro. ¿No es esto lo que queréis decir? ¿Y qué le importa al mundo? ¿Creéis por ventura que un hombre de cuna inferior se envilece ó se ilustra porque se salve un príncipe? Cada cual conoce su propio valer, y sólo á mí atañe designar mi puesto; no hay nadie en el mundo colocado á tal altura que me sienta yo inferior comparado con él. Sólo la voluntad nos hace grandes ó pequeños; y cabalmente porque quiero, morirá.

GORDON.—Veo que me esfuerzo en mover una roca. Vos no sois un hombre... Me es imposible deteneros, pero ruego á Dios le salve de vuestras terribles manos.

(*Vanse.*)

ESCENA IX

El teatro representa las habitaciones de la Duquesa.—TECLA, en un sillón, pálida y con los ojos cerrados, LA DUQUESA y la señorita de NEUBRUNN, junto á ella, muy solícitas; WALLENSTEIN y LA CONDESA, hablando entre sí.

WALLENSTEIN.—¿Cómo lo ha sabido tan pronto?

LA CONDESA.—Parece que presentía tamaña desgracia. Apenas llegó la nueva de la muerte de un coronel austriaco en batalla (lo he visto al instante), ha volado al encuentro del oficial sueco y le arrancó con sus preguntas la triste noticia. Tarde hemos advertido su ausencia; cuando he corrido á ella, la encontré ya desmayada en brazos del mensajero.

WALLENSTEIN.—¡Ah qué golpe tan terrible para ella! ¡Pobre hija mía!... ¿Cómo está? ¿Vuelve en sí?

(*A la Duquesa.*)

LA DUQUESA.—Ya abre los ojos.

LA CONDESA.—Vive.

TECLA (*mirando en torno*).—¿Dónde estoy?

WALLENSTEIN (*tendiéndole los brazos*).—Vuelve en ti,

hija mía. Ten valor... Mira aquí á tu madre que te ama, y á tu padre que te sostiene en sus brazos.

TECLA (*se levanta*).—¿Dónde está? ¿Se ha marchado?

LA DUQUESA.—¿Quién, hija mía?

TECLA.—Quien pronunció las fatales palabras.

LA DUQUESA.—Olvídalo, hija mía... Procura distraerte de eso.

WALLENSTEIN.—No, déjala; que hable de su dolor; déjala quejarse. Llorad con ella, ¡es tan grave su pena!... Pero sabrá soportarla, porque Tecla recibió de su padre un corazón que no se deja abatir.

TECLA.—No estoy enferma, no; tengo fuerza para sostenerme... ¿Por qué lloras, madre mía? ¿Te asusté?... Vamos, ya pasó; ya estoy serena otra vez. (*Se levanta y mira en torno suyo buscando á alguien.*) ¿Dónde está?... No me lo ocultéis... tengo fuerzas bastantes para oírle.

LA DUQUESA.—No, Tecla, no verás más al fatal mensajero.

TECLA.—¡Padre mío!

WALLENSTEIN.—¡Hija!

TECLA.—No me siento tan débil como pensáis; y me encontraré mejor todavía, si me hacéis un favor.

WALLENSTEIN.—Habla.

TECLA.—Permitid que llamen á ese hombre, para que yo le reciba y le interroge á solas.

LA DUQUESA.—¡Ah!... eso nunca.

LA CONDESA.—No; de ningún modo; no accedas.

WALLENSTEIN.—¿Y por qué quieres hablarle, hija mía?

TECLA.—Cuando lo sepa todo estaré más tranquila. No consiento que me engañen. Madre se empeña en guardar miramientos, y yo no quiero eso. ¡Qué puedo saber ya más terrible de lo que he oído!

LA CONDESA Y LA DUQUESA (*á Wallenstein*).—No accedas.

TECLA.—Sobrecogida de dolor, mi sentimiento me ha hecho traición delante del extranjero, y ha sido testigo de mi flaqueza... Sí; me desmayé en sus brazos, y eso me tiene avergonzada. Quiero rehabilitarme á sus ojos, quiero hablarle para que no conserve de mí una opinión errónea.

WALLENSTEIN.—Tiene razón... me inclino á decirle que sí. Llamadle. *(La Neubrunn vase.)*

LA DUQUESA.—Pero yo, tu madre, quiero estar presente.

TECLA.—Prefiero hablarle sola; así me será más fácil sostenerme.

WALLENSTEIN *(á la duquesa)*.—Dejadla hacer..... que le hable á solas. En ciertas aflicciones nadie halla consuelo sino en sí mismo, y el ánimo fuerte quiere entregarse á su propia fuerza. Para soportar tamaño golpe, sólo en su fortaleza debe buscar la suficiente energía. Es mi hija, mi valerosa hija, y quiero que sea tratada no como mujer, sino como una heroína. *(Hace que se va.)*

LA CONDESA *(deteniéndole)*.—¿A dónde vas?... Terzky me ha dicho que proyectabas salir mañana y dejarnos aquí.

WALLENSTEIN.—Sí; vosotras os quedaréis bien protegidas por algunos valientes.

LA CONDESA.—¡Oh! por Dios, hermano; llévanos contigo; no nos dejes solas aguardando con inquietud los acontecimientos. Es más fácil soportar la desgracia presente, que la incertidumbre del mal lejano.

WALLENSTEIN.—¿Pero quién habla de desgracias? Vaya, ¡fuera tristeza! Yo estoy más esperanzado.

LA CONDESA.—Pues llévanos contigo; no nos dejes en este sitio de tan triste presagio, que me oprime y me sofoca como un sepulcro. No puedo ponderarte cuán mal me encuentro aquí. Llévanos contigo, por Dios... Ven, hermana, ruégaselo como yo... y tú también, sobrina.

WALLENSTEIN.—Yo trocaré los fúnebres presagios en alegría, con encerrar aquí cuanto me es caro.

LA NEUBRUNN *(saliendo)*.—Aquí está el oficial sueco.

WALLENSTEIN.—Dejadla sola con él. *(Vase.)*

LA DUQUESA *(á Tecla)*.—¿Palideces, hija mía?... Es imposible que le hables... ven con tu madre.

TECLA.—La señorita de Neubrunn se quedará cerca de aquí. *(La Condesa y la Duquesa se van.)*

ESCENA X

TECLA.—UN CAPITÁN SUECO.—LA NEUBRUNN

EL CAPITÁN *(acercándose con respeto)*.—Perdonadme, princesa, si mi irreflexivo é imprevisto relato..! Cómo podía yo...

TECLA *(con nobleza)*.—Fuisteis testigo de mi dolor; un desgraciado accidente hizo de vos, un extranjero, confidente de mis penas.

EL CAPITÁN.—Temo que mi aspecto os sea odioso, pues os dí tan triste noticia...

TECLA.—La culpa es mía; yo fui quien os la arrancó, y el destino quien ha proferido... Puesto que mi espanto interrumpió vuestro relato, os ruego que acabéis.

EL CAPITÁN *(vacilando)*.—Con eso, princesa, renovaré vuestro dolor.

TECLA.—Estoy tranquila, quiero estarlo. ¿Cómo empezó la batalla?... Acabad.

EL CAPITÁN.—Estábamos atrincherados y al abrigo de todo ataque en nuestro campamento, cuando vemos surgir de golpe una nube de polvo por el lado del bosque, y la vanguardia se precipitó á las fronteras gritando: «el enemigo, el enemigo». Apenas tuvimos tiempo de montar á caballo; los coraceros de Pappen-

heim habían franqueado el primer reducto, é impetuosamente atravesaron el foso, pero su irreflexivo valor dispersó los regimientos, de modo que la infantería se quedó rezagada, cuando sólo la caballería seguía á su temerario jefe. (*Tecla hace un gesto; el capitán se detiene hasta que ella le hace señas de continuar.*) En esto la nuestra acudió, agrupada, por el flanco derecho é izquierdo, y los rechazamos hasta los fosos donde ya la infantería, en línea de batalla, les opuso inexpugnable muro con la punta de sus alabardas: así, oprimidos por todos lados en tan terrible cerco, no podían retroceder ni avanzar. Entonces el rhingrave intimó la rendición... pero el coronel Piccolomini... (*Tecla vacila y se apoya en un sillón.*) Le conocimos por los plumajes del casco, y su hermosa cabellera larga, que, con la rapidez de la carrera, flotaba sobre sus hombros. Señalando el foso, á él se lanza delante de todos, y obliga al caballo á saltarlo, con que el regimiento se precipita tras él; pero el caballo estaba herido.... se desboca, espumajea, se encabrita y tira al jinete. El regimiento entero, roto el freno de la caballería, pasó por encima de su cuerpo.

(*Tecla, durante las últimas palabras, ha manifestado creciente ansiedad; sobrecogida de violento temblor, próxima á desmayarse, cae en brazos de la Neubrunn, que acude á socorrerla.*)

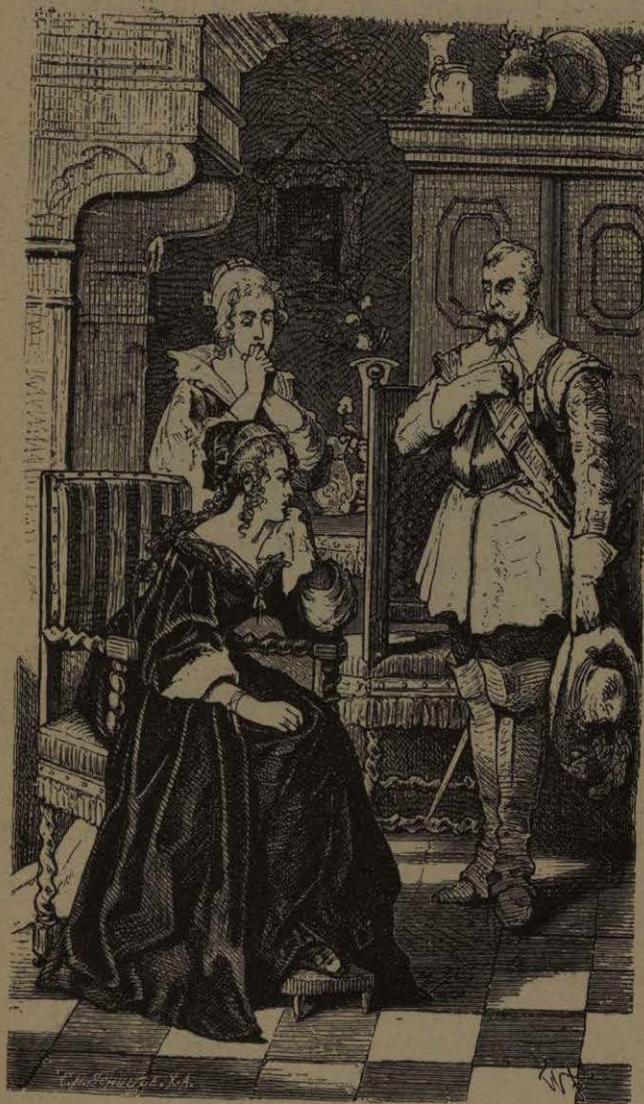
LA NEUBRUNN.—¡Ay, señorita!

EL CAPITÁN (*conmovido*).—Me retiro.

TECLA.—No, estoy bien: acabad.

EL CAPITÁN.—Desesperadas, furiosas las tropas en cuanto vieron caer á su jefe, nadie se acuerda ya de su salvación, y se arrojan á combatir como tigres; su obstinada resistencia enardece á los nuestros; sólo la muerte de todos puso fin al combate.

TECLA (*con voz temblorosa*).—Y dónde... ¿dónde está él? Nada me habéis dicho todavía.



EL CAPITÁN.—Perdonadme, princesa....

EL CAPITÁN (*tras breve silencio*).—Esta mañana hemos celebrado sus funerales. Doce jóvenes de la nobleza llevaban el cadáver, y seguía detrás todo el ejército. El féretro iba adornado de laureles y el mismo rhingrave depuso la victoriosa espada sobre él. Lágrimas no le han faltado, porque muchos de nosotros conocíamos su grandeza de alma y su bondadoso carácter,



y á todos nos conmovió su suerte. El rhingrave hubiera querido salvarle; pero él corrió, por lo visto, á su perdición; dicen que deseaba morir.

LA NEUBRUNN (*á Tecla que oculta el rostro*).— Ah señorita... señorita; abrid los ojos... ¡Por qué, Dios mío, empeñarse en oír esa relación!

TECLA.—¿Y dónde está enterrado?

EL CAPITÁN.—Se halla depositado en la iglesia de un monasterio, cerca de Neustadt, hasta que disponga su padre.

TECLA.—¿Cómo se llama el monasterio?

EL CAPITÁN.—Santa Catalina.

TECLA.—¿Está muy lejos de aquí?

EL CAPITÁN.—Siete millas.

TECLA.—¿Por dónde se va?

EL CAPITÁN.—Por Tirschenreut y Falkenberg, pasando por nuestras avanzadas.

TECLA.—¿Quién las manda?

EL CAPITÁN.—El coronel Seckendorf.

TECLA (*acercándose á la mesa, y tomando de una arquilla una sortija*).—Os agradezco la compasión que me habéis manifestado; aceptad este recuerdo de la entrevista... Podéis retiraros.

EL CAPITÁN (*turbado*).—¡Princesa!...
(*Tecla le indica con un ademán que se retire... El capitán, perplejo, intenta hablar. La señorita de Neubrunn repite la seña, y él se va.*)

ESCENA XI

TECLA, LA NEUBRUNN

TECLA (*echándose á su cuello*).—Pruébame ahora la afección que tanto me has manifestado... sé mi fiel amiga y compañera. Es necesario partir esta misma noche.

LA NEUBRUNN.—¡Partir! ¿y á dónde?

TECLA.—¿A dónde, me preguntas? No hay más que un lugar en el mundo: el de su féretro.

LA NEUBRUNN.—¿Y qué haréis allí, señorita?

TECLA.—¿Qué haré yo allí, desdichada? Si amases, no lo preguntarías. Allí está cuánto resta de él, allí, el único lugar que existe en la tierra... ¡Oh, no me detengas! Vamos, y disponte á salir. Pensemos en el modo de escapar juntas.

LA NEUBRUNN.—¿Pero no se os ocurre que vuestro padre se pondrá furioso?

TECLA.—Yo no temo la cólera de nadie.

LA NEUBRUNN.—Pero y el qué dirán?... ¡y las murmuraciones y la maledicencia!

TECLA.—Yo quiero sólo ver á quien ya no existe... ¿Acaso voy á arrojarme en sus brazos?... ¡Dios mío!... Si desciendo á la tumba de mi amado!

LA NEUBRUNN.—¿Solas?... ¿Sin apoyo?... Dos débiles mujeres...

TECLA.—Iremos armadas; mi brazo te protegerá.

LA NEUBRUNN.—¿En noche tan oscura?

TECLA.—Mejor; así no seremos vistas.

LA NEUBRUNN.—¡Con esta tormenta!

TECLA.—¿Descansó él bajo las herraduras de los caballos?

LA NEUBRUNN.—¡Oh Dios mío! ¡Teniendo que pasar por delante de tantas guardias! Quizás nos lo impidan.

TECLA.—Hombres son. La desdicha cruza libremente el mundo.

LA NEUBRUNN.—El viaje es largo además.

TECLA.—¿Calcula la distancia el peregrino, cuando se dirige al santuario lejano?

LA NEUBRUNN.—¿Y cómo salir de la ciudad?

TECLA.—El dinero nos abrirá todas las puertas... Anda, vé.

LA NEUBRUNN.—¿Y si nos conocen?

TECLA.—¿Quién se va á figurar que una mujer, fugitiva y desesperada, sea la hija de Friedland?

LA NEUBRUNN.—¿Dónde encontraremos caballos?

TECLA.—Mi caballerizo los proporcionará. Vé, llámale.

LA NEUBRUNN.—¿Se atreverá, sin permiso de su señor?

TECLA.—Sí, mujer; vé, no te detengas.

LA NEUBRUNN.—¡Dios mío!... ¿Y qué será de vuestra madre?

TECLA (*reflexionando y ensimismada en su dolor*).—¡Pobre madre mía!

LA NEUBRUNN.—¡Tanto como ha sufrido la pobre!... ¿Por qué darle ese nuevo disgusto?

TECLA.—No puedo evitarlo. Vé, vé.

LA NEUBRUNN.—Pensad en lo que hacéis.

TECLA.—Lo he pensado todo.

LA NEUBRUNN.—Y cuando estemos allí ¿qué haremos?

TECLA.—Cuando estemos allí, Dios me inspirará.

LA NEUBRUNN.—¡Ah! señorita, pensad que ahora estais inquieta y angustiada, pero no hallaréis el reposo por ese camino.



TECLA.—Ah sí; el profundo reposo que encontró él. Vé, date prisa, y no me digas una palabra más. No sé qué irresistible fuerza me arrastra á su tumba. Allí me sentiré aliviada un instante: rotas las ataduras del dolor que me oprime, correrán un momento mis lágrimas. Vé; ya podríamos estar en camino tiempo ha... No estaré tranquila mientras permanezca entre esas paredes, que parece van á desplomarse sobre mí, como si algo me empujara á fuera, ¡oh Dios mío!... ¿Qué es lo que siento?... Veo en todas partes sombras y fantasmas que no me dejan mover, y crecen en número, y su espantoso tropel arroja á los vivos de estos sitios.

LA NEUBRUNN.—¡Ah señorita!... ¡Qué ansiedad! ¡qué espanto!... Me da miedo seguir aquí; voy, voy á llamar á Rosenberg.
(Vase).

ESCENA XII

TECLA

Sí; me llama su espíritu; sus fieles soldados que se sacrificaron por él, acusan mi indigna tardanza... No han querido abandonar en muerte, á quien fué su jefe en vida... Esto hicieron ellos, ¡ellos de rudo corazón!... ¿Y he de sobrevivir yo? No. También yo tejí la corona de laurel que depusieron sobre su fèretro. ¿Qué es la vida sin la antorcha del amor?... Yo la rechazo, ya que perdió para mí todo su precio. Sí; grande era el que tenía, amado mío, cuando te vi por primera vez y alboreó á mis ojos la dorada luz de un nuevo y brillante día: dos horas duró mi ensueño celestial. Al salir del convento, yo te hallé en el umbral del mundo, resplandeciente de luz, como mi ángel bueno que debía conducirme por la mano de mi inocente infancia á la cumbre de la vida. Mi primera sensación fué júbilo del cielo; mi primera mirada dió en tu corazón. (*Se detiene ensimismada en sus reflexiones, y luégo continúa como agitada por el terror*). Pero llega el hado, y con mano fría y cruel me arrebató á mi noble amigo, y lo arroja á los piés de los caballos. Tal es la suerte de cuanto bello existe en el mundo.

ESCENA XIII

TECLA.—LA NEUBRUNN.—EL CABALLERIZO

LA NEUBRUNN.—Ya está aquí, señorita, dispuesto á hacer lo que le mandéis.

TECLA.—¿Quieres procurarnos caballos, Rosenberg?

EL CABALLERIZO.—Sí, señorita.

TECLA.—¿Quieres acompañarnos?

EL CABALLERIZO.—Hasta el fin del mundo.

TECLA.—Mira que luégo no podrás volver al servicio del duque.

EL CABALLERIZO.—Seguiré con vos.

TECLA.—Yo te recompensaré, y te recomendaré á otro amo. ¿Puedes sacarnos de la fortaleza secretamente?

EL CABALLERIZO.—Sí, señorita.

TECLA.—¿Cuándo podré salir?

EL CABALLERIZO.—Inmediatamente. ¿A dónde vamos?

TECLA.—Á... díselo, tú...

LA NEUBRUNN.—Á Neustadt.

EL CABALLERIZO.—Está bien; voy á disponerlo todo.
(Vase).

LA NEUBRUNN.—¡Ah!... ¡vuestra madre!

TECLA.—¡Dios mio!

ESCENA XIV

Dichos.—LA DUQUESA

LA DUQUESA.—¿Ha salido ya? Te encuentro más tranquila.

TECLA.—Sí, madre mía; permitidme que me retire ahora; la Neubrunn me acompañará; necesito descansar.

LA DUQUESA.—Ya lo creo. Salgo más consolada, porque podré tranquilizar á tu padre.

TECLA.—¡Adiós, pues, madre mía! (Se arroja en sus brazos y la abraza con viva emoción).

LA DUQUESA.—No estás aún tranquila del todo, hija mía... Si estás temblando, y te late el corazón con violencia!...

TECLA.—El sueño me calmará. Buenas noches, adiós, madre mía. (En el punto en que se desprende de los brazos de su madre, cae el telón).



ACTO V

ESCENA I

La habitación de Buttler

BUTTLER.—GERALDIN

BUTTLER



LEGID doce dragones decididos y armadlos de picas, porque no hay que disparar ni un solo tiro; con ellos os apostaréis junto al comedor, y apenas se hayan levantado los mantales, entrad gritando: «¿Quién es aquí fiel al Emperador?» Yo volcaré la mesa, y entonces vos os echáis sobre ellos y asestáis el golpe. El castillo estará cerrado y guardado de manera que el príncipe no perciba el menor ruido. ¿Llamasteis al capitán Deveroux y Macdonald?

GERALDIN.—Estarán aquí al instante. (Se va).

BUTTLER.—Conviene darse prisa, porque los paisanos se declaran también por él, movidos de no sé qué espíritu vertiginoso que se apoderó de la ciudad. Para ellos el duque es un pacificador, el fundador de una